

CON DEVOCION AL PADRE INTELLECTUAL DE MUCHAS GENERACIONES:
JUAN DE DIOS BATIZ

Dr. Eusebio Mendoza Avila

HONOR Y DOLOR se agolpan agresivos. Honor a la mente que permite pensar; dolor en el corazón por la noticia desgarrante: ¡Ha muerto JUAN DE DIOS BATIZ!

Es pasada la medianoche de una nueva fecha memorable en mis efemérides, el 20 de mayo de 1979, cuando llegamos mi esposa y yo de un largo viaje y, sin embargo, algo me impulsa a prender el televisor en hora avanzada, cuando escucho la ingrata noticia.

Me apresuro y me dispongo a concurrir al sitio escuchado: Agencia Gayosso de Sullivan. En el camino y solitario, los recuerdos se suceden y con ellos, aparece el dolor de lo perdido. Llego con la certidumbre de encontrar muchas caras amigas y en ellas la seriedad que oculta ese dolor, pero no, la puerta de la capilla está cerrada y el pasillo solitario. Temo haberme equivocado y ratifico: Juan de Dios Bátiz Paredes, día 21 a las 15:00 horas, Panteón Francés.

Me desconcierto un poco, espero un tiempo razonable. Por fin, me atrevo a tocar y a insistir. Nadie contesta. Bajo a informarme y me dicen: "Por orden de la familia no se abre hasta las 8 de la mañana. Ya todos se retiraron".

Solicito, un tanto temeroso, la posibilidad de entrar, y no sé si el empleado adivinó en mis gestos mas que en mis palabras el impulso moral de lograrlo y gentilmente accedió a mi deseo. Paso y le pido la oportunidad de ver su rostro y cuando levanta la mirilla del ataúd, me encuentro la paz de la dulzura en una expresión aún no dañada por la rigidez cadavérica. Lo observo con detalle mientras pienso en el honor que las circunstancias me han deparado, de admirar a solas y con devoción al padre intelectual de muchas generaciones; pero, el corazón se me invade de sentimiento y de dolor.

La piel es blanca, transparente como fue su alma generosa, la boca flácida y hundida, signo inequívico de la edad avanzada y sus párpados suaves como en un sueño apacible. Advierto también la huella encarnada de un postrer beso y pienso que fue el amoroso adiós de su adorada Laurita.

Me conmuevo al pensar en su soledad que sólo puede tener el consuelo del calor que entraña el deber cumplido con devoción, de haber tenido compañera y esposa durante 64 años felices. Acuden a mi mente parte de unos versos conocidos apenas hace unas horas a muchos cientos de kilómetros de distancia.

... "Si alguna vez la suerte me depara quedarme sola
a cumplir con mi destino, He de vivir sin luz, apagado
ya tu sino y condenada a jamás volver a ver tu dulce cara..."

Pienso también que el Maestro Bátiz como hombre cabal que fue toda su vida, no temía a la muerte, pero seguro estoy de que su único dolor, era dejar a su Laurita, quien como él dijo en histórica ocasión, era, junto con el Politécnico, sus dos grandes amores en la vida.

La quietud y el solemne silencio de la intimidad que puedo disfrutar, me recordaron la fecha de la muerte de mi Padre. Entonces como hoy, estuve solo con él, porque al morir frente a mí en forma repentina, lo trasladé sin compañía en mi ambulancia hasta este mismo sitio, donde se instaló su capilla, y fueron muchos, largos y preciosos minutos los que a su lado, disfruté como ahora, la intimidad de meditar en un monólogo, cuánto de entrañable y cariñoso nos unía.

En aquél, mi padre, era la consaguinidad y el amor filial; en éste, el Maestro Bátiz, el respeto y la gratitud.

Para ambos viejos queridos, mi devoción permanente.